

# Recuerdos del Tiempo Viejo

PEPE DE ARMAS

Por ANTONIO ESCOBAR

Don José de Armas y Céspedes fué el más brillante periodista de la era de 1860 a 1868, llamada reformista, aunque en ella nada se reformó; pero hubo un partido que pedía reformas, dirigido por hombres de alta inteligencia, que fracasaron gloriosamente, porque representaron—como más tarde el partido autonomista—enfrente del gobierno español, el liberalismo, el progreso y la ciencia y enfrente de los separatistas, el juicio, la moderación y el sentido de la realidad. Cuando vino aquel fracaso en 1869, porque España aplazaba las reformas y el partido separatista no se contentaba mas que con la independencia en plazo breve y perentorio, Armas se fué con ellos; y cuando vino la Paz del Zanjón en 1879, se reconcilió con España.

Entonces apareció en Madrid y tuve el honor de conocerlo, después de las primeras elecciones de Cortes y cuando, por primera vez desde el año 1835, se sentaron en el Congreso Diputados por Cuba. Entre ellos había dos parientes de Armas: su hermano don Francisco y su sobrino don Ramón de Armas y Saenz, "Ramoncito", que en la Habana se había lucido como abogado, pero en Madrid como orador político se cotizó bajo. Allí los oradores cubanos que quedaron bien fueron los autonomistas, principalmente Labra y Montoro.

Un día estaba yo, en el Salón de Conferencias del Congreso, junto a aquella mesa del centro, que ha escuchado muchos secretos políticos, agregado a un grupo de nuestros Diputados, en el cual figuraba Portuondo, cuando vi entrar un gentleman alto, trigueño, de fino bigote y superiormente trajeado; lo que los ingleses llaman "un hombre de estilo".

—¿Quién será este pájaro?—le pregunté a Bernardo. Parece un diplomático extranjero.

—¿Cómo?—respondió Don Bernardo—¿No lo conoce usted? Es Pepe de Armas.

Vino hacia nosotros y pronto trabé conocimiento con él, uno de los mas gratos de mi vida; y de utilidad mútua, porque Armas me contó ciertas interioridades de la revolución cubana y yo lo enteré de algunas cosas de la política madrileña.

Vivía bien; tenía un cuarto en el Hotel de Rusia, que ahora será una antigualla, si existe y que entonces era el de mas categoría de la capital, frecuentado por altos funcionarios diplomáticos extranjeros y por otras gentes de buena posición. Varias veces lo vi pasar en un cupé llamante, forrado de seda blanca, que supongo había alquilado por meses.

Muchas noches, cuando iba de retirada, lo encontraba yo en la Carrera de San Jerónimo, donde estaba su hotel e íbamos a charlar un rato en su cuarto.

Lo primero que hacia don Pepe era quitarse el frac o la levita y llamar para que nos trajesen ale o cerveza fuerte de Bass, su bebida favorita; afición en la cual yo "reciprocaba". Ambos eramos admiradores de todo o de casi todo lo inglés, desde el "beberage" hasta el sistema de gobierno, pasando por la literatura, de la cual recitaba don Pepe, de memoria fragmentos considerables.

Hablaba y escribía con tanta soltura el francés y el inglés como el castellano; gracias a la esmerada educación que había recibido, primero, si no recuerdo mal, en el famoso colegio de don Alberto Lista, en Cádiz; después, en el francés de Correze y finalmente en los Estados Unidos.

Me dió dos folletos suyos en inglés, publicados en Nueva York, uno de ellos en pro del reconocimiento por los Estados Unidos de la beligerancia de los revolucionarios cubanos. Dos o tres días después de leerle, le dije:

—Veo, don Pepe, que es usted fuerte en Derecho Internacional y en la historia de la política exterior de los Estados Unidos.

—No soy fuerte en nada—respondió.— El periodista no necesita tener ciencia, sino saber quien la tiene e ir a buscarla cuando le hace falta. Pero, eso sí, debe leer mucho y de lo bueno, aunque sea sin plan; al que no lee se le conoce pronto en lo que escribe.

Y agregé:

—La petición de la beligerancia era pleito perdido para nosotros. Algunos políticos americanos la apoyaron; pero los mas y sobre todo los influyentes y los que dirigían al partido republicano, eran contrarios. Veían que con la beligerancia nos hubiéramos hecho independientes, sin la intervención y la ayuda de los Estados Unidos. Lo que hicieron fue azuzarnos contra España para que prolongásemos la lucha y pescar en río revuelto y anexarse la isla. Teníamos ofertas de armadores y de oficiales de la marina americana de guerra, para poner en el mar unos cuantos corsarios que en poco tiempo hubieran acabado con el comercio español en Cuba y en Puerto Rico; para esto era indispensable la beligerancia.

Otra noche me dijo:

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

—Cometimos en los primeros tiempos de la revolución una falta mayúscula, que contribuyó mucho a nuestro fracaso; fué la abolición de la esclavitud de los negros, que convirtió en enemigos nuestros a los hacendados, así cubanos como españoles, para quienes nuestro triunfo hubiera sido la ruina. Hubieramos debido dejar ese asunto para después de la victoria, cuando lo habría resuelto nuestro Congreso. Había hacendados que nos daban algún dinero por miedo; pero lo que todos deseaban era el triunfo de España.

Varias veces me habló de la disidencia surgida en la Junta Cubana de Nueva York, la cual se dividió en adversarios y partidarios de Manuel de Quesada, que era venezolano o hijo de venezolano; don Pepe se fué con él. Como era fino ironista, me dió semblanzas divertidas de los contrarios a Quesada y de este me dijo que era hombre muy sereno y de cabeza firme.

Cuando le daban cuenta de las intrigas y de los chismes de sus enemigos, se encogía de hombros y se limitaba a decir:

—¡Mentecatos!

Me relató la misión que había llevado a Madrid, cuando en 1875, a poco de haber venido la Restauración borbónica, era Ayala ministro de Ultramar; aquél Ayala, que hizo funesta política colonial, pero también aplaudidas obras de teatro, en la última de las cuales, **Consuelo**, puso estos versos exquisitos:

En sus ojos el sol arde;  
cuando los abre, amanece;  
cuando los cierra, parece  
que va cayendo la tarde.

Don Pepe fué a verlo para hacerle una proposición, detrás de la cual estaba un sindicato de grandes capitalistas ingleses. Se trataría con los revolucionarios para establecer en Cuba la independencia, con dos condiciones: respeto absoluto a las personas y los intereses de los españoles y reconocimiento de la concesión que haría el gobierno de Madrid al sindicato para la exclusiva en la construcción de todos los ferrocarriles que necesitase la isla en el presente y en el porvenir. Por esta concesión se le daría al gobierno español una fortísima suma, pagadera, la mitad de contado y el resto a plazos.

Armas, por la intercesión de personas influyentes de Madrid, relacionadas con el capitalismo británico, obtuvo una audiencia de Ayala; quien, por estar algo enfermo, lo recibió en su casa, y lo recibió con cajas destempladas.

—Después que le expuse el plan—me dijo don Pepe—me contestó que yo había ido "a despertar al león dormido" y que "el honor no se podía vender" y que la "paz de Cuba no podía venir por negociaciones, sino por el exterminio de hijos ingratos" etc. El hombre tomó la cosa por lo trágico, aunque él con su bata colorada, su largo chivo y su bigote retorcido tenía un aspecto cómico.

En la época en que Armas me contaba esto también tenía entre manos una combinación británica. Por entonces se pensaba en la construcción del ferrocarril central de Cuba; y don Pepe representaba a unos capitalistas de Londres, interesados en que las cortes aprobasen el proyecto de ley para acudir a la subasta, en la cual, seguramente, habrían obtenido la adjudicación, porque entonces Inglaterra era la que trabajaba más barato en este ramo.

El capitalismo francés que, también deseaba el negocio, tenía por agente en Madrid a un don Enrique Lavedan, vascongado, que había sido corredor en la Habana y que frecuentaba mucho el Congreso de los Diputados. El proyecto no fué votado, por causas que ignoro; tal vez algo influyó en esto un Diputado por Puerto Rico e ingeniero de caminos, don Miguel Martínez Campos, hermano del famoso general del mismo apellido, con la publicación de un folleto, en el cual sostenía que lo conveniente en Cuba no era una ferrocarril central, sino una serie de líneas transversales de Norte a Sur.

Ingleses y franceses se quedaron sin el negocio y como es sabido lo hizo Van Horne, un americano, nacionalizado británico y avecindado en el Canadá, único extranjero a quien este país debe algo grande y que demostró saber más de estas cosas que don Miguel Martínez Campos, con toda su ingeniería.

Don Pepe salió de Madrid al poco tiempo y no volví a verlo hasta cuatro años después, en la Habana, donde había tenido un diario, "La Nación", de vagas tendencias liberales y más hostil a los autonomistas que a los conservadores. Armas detestaba a los autonomistas, pero sin personalizar, más que en el caso de don Ricardo Delmonte, Director de "El Triunfo", que era poco laborioso, pero escribía muy bien. Como tenía cierto aspecto de cansancio y era taciturno, don Pepe decía de él:

—Delmonte, cuando no está dormido por fuera, está dormido por dentro.

3

1000059

Esto fué lo único punzante que le oí decir en la Habana a don Pepe; pero si le oí algo de gracia una noche en que se apareció en el café de Inglaterra el cojo Peraza, un joven cubano afiliado al partido conservador, muy bullicioso y entretenido; y nos comunicó esto:

—Corre el rumor de que nuestro partido va a cambiar de jefe. Se retirará el conde de Casa Moré, que no es mas que un hombre de dinero, pero no sabe de política y lo sucederá Santos Guzmán, que tiene talento y es un buen orador. Dejará de trabajar como abogado y se le dará un sueldo anual de 50 mil pesos.

Siguió un momento de silencio, después del cual dijo don Pepe:

—Yo sé mas que usted sobre eso; sé quien ha puesto en circulación el rumor; ha sido el mismo Santos Guzmán.

Entre los méritos de aquel hombre superior figuraba el de saber pintar, apenas conocido de las gentes, porque nunca hablaba de él. Yo no le descubrí hasta un día en que fui a su casa, en la calle de Obrapia y ví cast terminada en un lienzo de pared, la copia de un lindo cuadro francés, que representaba una niña en un jardín.

Durante la última guerra separatista, don Pepe emigró a Cayo Hueso, donde murió; pero vivió lo bastante para saludar en una carta dirigida a un periódico el advenimiento de la independencia. Alguien ha dicho que siempre vuelve uno a sus primeros amores; y algún otro, que nadie tiene por dentro mas ideas políticas que las de sus veinticinco años; después tiene por fuera las que le dicta la ambición o alguna otra circunstancia, que puede ser hasta la necesidad de llevarse bien con su suegro, por haberse casado con la hija de un rico.

El gran orador gaditano González Brabo, que comenzó siendo un radical y un demagogo e injuriando en su semanario *El Guirigay* a la Reina María Cristina, viuda de Fernando Séptimo y pidiendo la horca para los ministros, se convirtió al conservatismo y fué Presidente del Consejo de Ministros de la reina Isabel.

Años después, en 1854, cuando se estaba organizando el partido democrático, hubo en el Teatro Real de Madrid un meeting, en el cual oyó el pueblo español, por primera vez la palabra mágica de Castelar, otro hijo de Cádiz. Y González Brabo, que formaba parte del auditorio, volviendo por un momento a sus primeros amores y acaso algo influido por el paisaje, no pudo contenerse; y subiendo al escenario, gritó con su poderosa voz:

—¡Joven democracia, yo te saludo!

*Leu.  
Feb. 2/26 -*



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA